

margen N° 80 – abril 2016

Algunas reflexiones en torno a la escucha en la intervención del Trabajo Social. De reduccionismos, (de)subjetivación y posibilidades

Por Carlos Belziti

Carlos Belziti. Trabajador Social, UBA, Universidad Nacional de Buenos Aires, Argentina.

Introducción

Simplemente a modo de contextualización inicial, y no como circunscripción a un delimitado referencial empírico, señalemos aquí que el presente escrito -sin pretensiones totalizadoras, ni atisbos de sistematización- nace del discurrir por particulares escenas de la práctica cotidiana de intervención profesional con familias en el marco de un trabajo territorial *-I-* en barrios del conurbano bonaerense entre 2012 y 2015.

Anotaciones y preguntas acumuladas en un cuaderno de campo –o, en rigor de verdad, borroneadas en papeles sueltos, cumpliendo idéntica aunque algo más desprolija función- fueron dando forma a este texto. El momento de reunir -acaso tratando de no olvidar- esa cantidad de inscripciones causadas por la práctica, fue también el de notar que, gran parte de ellas, giraban en torno a diferentes, pero siempre relacionadas temáticas, en las que, como hilo conductor, aparecía la pregunta por la escucha en la intervención profesional del trabajo social, y allí, sus oclusiones, lo no escuchado, sus posibilidades, sus vínculos con la construcción de la alteridad, su papel en relación con los procesos de subjetivación y desubjetivación.

Con la provisional orientación trazada por los interrogantes aludidos, lo que aquí se escribe no son más que nuevas anotaciones -cuya mayor aspiración sea tal vez el dar lugar a renovadas preguntas- surgidas del intento por pensar el encuentro con esos otros con los cuales se interviene; deteniendo la mirada en los espacios de entrevista, pero no pretendiendo acotarla de modo exclusivo a éstos, sino más bien, intentando repensar la intervención en términos más amplios, dando relevancia a cada instancia de intercambio con un otro; conjuntamente, con la tentativa de no perder de vista las complejas relaciones entre dispositivos, y en ellas, algunos sitios posibles para los sujetos que en tales vínculos estamos inmersos.

Partiendo de reconocer, en los escenarios de intervención, la honda e insoslayable imbricación entre lo macro y lo micro social, será esta última perspectiva aquella desde donde comience nuestro recorrido. Aclarando a la vez, aún a riesgo de ser redundantes, que, no sólo en este texto, sino en toda intervención, tanto ésta como aquella perspectiva de ningún modo consiguen renunciar al estrecho y dinámico vínculo que entre sí las liga.

Lejos de lo que son los formatos de tesis o de tipo monográfico, será una modalidad más emparentada con lo ensayístico la elegida para emprender este recorrido.

Obviedades, reduccionismos y oclusiones

Lo que se da por sentado, lo que es tomado como obvio, suele pasar casi inmediatamente –y por lo general de forma inadvertida- a abandonar el lugar de lo que es susceptible de cuestionamiento. A diferencia de un dogma, que explicita y pregona a viva voz su estatus de verdad irrefutable, aquello que adquiere el referido carácter de obviedad no suele declamar abiertamente sobre su condición de no cuestionable, sino más bien, es en su callado andar que adquiere la capacidad de, permaneciendo velado, generar efectos, establecer sentidos, construir realidades, producir marcas.

En este sentido, preguntarse por la escucha en el trabajo social, implica rehusar a considerarla como algo dado, o *a priori* ya garantizado, sino, muy por el contrario, entenderla como cuestión por la cual vale interrogarse. Escucha -tan fundamental como siempre inacabada- que, ante el sujeto que habla, tanto puede dar lugar – ¿y acaso algún impulso?- a sus potencialidades, como desconocerlas, minimizarlas, silenciarlas, volverlas simple anécdota; en definitiva –bien sea por uno u otro mecanismo-, relegarlas, o excluirlas de la escena.

En un distanciamiento momentáneo, a fin de, desde allí, rastrear estrechos y fundamentales lazos con lo atinente a la escucha, detengámonos en lo siguiente. Si de aparentes cuestiones admitidas como dadas –y no problematizadas- se trata, será conveniente recalcar algo que, distando mucho de ser una obviedad, surge como necesidad: entender por intervención no únicamente la gestión de recursos y/o la concreción de acciones maquinalmente cuantificables como un aspecto mensurable de un programa o política social, sino, todo encuentro con un otro, desde la presentación hasta –si se produce- cada momento de escucha, diálogo e intercambio.

Muy lejos de intentar construir una épica en torno a los supuestos extraordinarios beneficios que el trabajar en ausencia o escasez de recursos acarrearía para la creatividad de los trabajadores sociales, y, menos aún, incurrir en –tal vez lo más peligroso- la naturalización de dicha escasez -2-, bien vale puntualizar que, el circunscribir la intervención profesional a la mera gestión de recursos rebosa en consecuencias que atentan contra la riqueza y posibilidades de nuestro trabajo.

Por mencionar sucintamente algunas de aquellas que se nos presentan como fundamentales: se acota la mirada, se parcializa y ensordece la escucha; así, se da curso a lo que puede devenir en la tan mentada y temida, pero pocas veces en uno mismo reconocida, burocratización. Alienación que quizás, como meta tristemente concluyente en su expresión más extrema y cronificada, conlleva progresivamente a la despersonalización de la población con la que se trabaja, no viendo más que un recurso a aplicar allí donde hay un sujeto con su padecimiento y potencialidades. Cualquier similitud con un médico que sólo ve un páncreas o un hígado, no será pura coincidencia. En ese punto, ya nada habrá del escuchar al otro, sino sólo una operación de disección de un fragmento de su relato, forzado a encajar de manera compulsiva en el correspondiente casillero que permita su automática conexión con la predeterminada respuesta que la paleta de recursos –por lo general descolorida- de la institución en la que trabajemos linealmente nos indique aplicar.

Siendo así, dado ese borramiento de la escucha, y tomando por cierto que toda intervención supone de por sí algo del orden de la violencia -en tanto en ella conviven “*ambas cara de una misma moneda*” (Carballeda, 2002: 93): ayuda y cooperación por un lado, intromisión e intrusión por el otro-, no será difícil poder identificar hacia cual de aquellas dos caras tenderá a inclinarse la práctica.

En relación con lo antedicho, resulta interesante detenernos en una de las acepciones posibles que el diccionario otorga al verbo violentar: *“dar una interpretación forzada o falsa a un texto”* (Diccionario Enciclopédico Larousse, 2000). Así las cosas, teniendo en cuenta que los relatos escuchados en la intervención bien pueden ser tomados como textos (Carballeda, 2002: 93), tal vez podríamos entender que una escucha que desoye todo lo que no venga a conectarse rápidamente con su de antemano definido objetivo, actúa también como una interpretación forzada que, de alguna manera, imponiéndose como única, obtura otras múltiples posibilidades.

Por otra parte, en la indagación acerca del referido reduccionismo de la intervención profesional, no es posible pasar por alto que, la homologación de ésta con la gestión de recursos se encuentra profundamente emparentada con la identificación del trabajo social con lo que se presenta como la *“dinámica del hacer”* (Robles, 2011: 62); denominación, esta última, tomada de Claudio Robles, y cuyas palabras al respecto resulta enriquecedor aquí citar: *“se trata (‘la dinámica del hacer’) de una defectuosa comprensión del concepto ‘práctica’, que liga la intervención a la ejecución y entroniza las acciones por sobre toda posibilidad de pensar la práctica, quedando ésta desprovista, así, de su componente reflexivo. Se produce un vaciamiento del concepto, puesto que la práctica no resulta valiosa en sí misma si no está al servicio de pensarla para transformarla”* (Robles, 2011: 62).

No con poca frecuencia, dicha entronización de un hacer vertiginoso, se sostiene como imperativo ante la premura con la que se transita por los escenarios de la intervención. En relación con esto, en aquellos momentos donde pareciese que se imponen urgencias acuciantes, sin dejar tiempo ni espacio para nada –o acaso no más que para el desborde-, tal vez sea interesante dar lugar a la pregunta acerca de a quién pertenece realmente esa urgencia, quienes son los que así la declaran. ¿Se trata de urgencias de los sujetos con los que intervenimos? ¿Urgencias institucionales? ¿Urgencias dictadas por nuestras propias ansiedades? ¿Existen modos de *praxis* posibles que no se orienten más que hacia la propia reproducción de aquella misma urgencia?

Escucha sin tiempos cronometrados ni objetivizados, desafío de franquear los territorios colonizados por la ansiedad, reflexión con los otros, ¿son lujos no permitidos para quienes nos desempeñamos en tan complejos escenarios? ¿Cuán inamovibles son los tiempos institucionalmente pre-determinados? Nada más lejano a cultivar y construir una escucha atenta, habilitante de la palabra y subjetividad del otro, que el someterse a las premisas dictadas por la cultura de la inmediatez, que todo lo impregna.

Cuestiones, claro está, que tanto como al trabajo social, atraviesan a toda disciplina humanística. Cuestiones no ajenas a una profesión que porta en sí una fuerte impronta deudora de la Modernidad. Utilitarismo, productividad desligada de la pregunta acerca del para qué; poco lugar quedará allí para la escucha, acaso sólo el indispensable para que la misma, adocenada, se ubique en el sitio de rendir cuentas a las demandas de mera eficiencia instrumental.

Si no hay tiempo para la escucha, ¿qué espacio habrá para que el otro narre su historia? ¿Hay narración posible o todo se reduce a información -3- instrumental, al dato útil? Surge entonces como posible elemento de análisis lo atinente a la construcción de los tiempos institucionales.

La indagación acerca de dichos tiempos -reiteramos, no pretendiendo construir generalizaciones-, no puede ser sin tener presente, como parte constitutiva de la trama, la pregunta – y nuevamente aquí Carballeda- acerca de quién paga la intervención (Carballeda, 2004: 173) y así propone, de una u otra manera, cierta delimitación de la misma. Si los tiempos se plantean en clave funcional y productivista, medidos a través de objetivos cerrados sobre sí mismos, con preeminencia de lo cuantitativo, serán tiempos acotados y fugaces. Tiempos en concordancia con

un clima de época que, con carácter irrefutable, postula un presente regido por la invención de que nunca hay tiempo; sólo puro presente, aniquilación de la experiencia. En una inmediatez hecha de puro presente, escaso será el sitio para la historia del sujeto. Así, el dispositivo, sin siquiera anunciarlo, alcanza sus máximos niveles de opacidad. ¿Qué potencialidades pueden ser expresadas –y escuchadas- si no hay más que el instante y sus apremios?

En este punto, resulta más que interesante, tanto para reflexionar sobre la intervención como para pensarnos a los sujetos que de ella participamos, detenernos en el siguiente enunciado expresado por Forster: *“quien vive instalado en el puro presente, quien hace del instante la referencia última de lo verdadero, está incapacitado para representarse otra perspectiva de la vida que no sea la que instituye su propia y asfixiante cotidianidad”* (Forster, 2011:32).

Vale aclarar -aunque probablemente no sea necesario- que las cuestiones planteadas no intentan negar la relevancia de los encuadres en la intervención, tampoco postular que cada espacio de encuentro o de entrevista deba ser orientado hacia la reconstrucción de historias de vida, más bien son otras las cuestiones que tratamos de abordar. Indagar por la propia escucha a fin de pensar en torno a qué, y de qué formas, ésta puede habilitar u ocluir posibilidades; preguntarse por lo no escuchado, reflexionar en torno a sus vinculaciones con múltiples elementos que se entrecruzan en el dispositivo de la intervención.

Enlazándose con lo dicho, abrevando en la foucaultiana propuesta de Carballada referida a comprender la intervención como dispositivo, será valioso acercarnos a lo que sobre esta última noción plantea el pensador italiano Giorgio Agamben: *“(…) llamaré dispositivo literalmente a cualquier cosa que de algún modo tenga la capacidad de capturar, orientar, determinar, interceptar, modelar, controlar y asegurar los gestos, las conductas, las opiniones y los discursos de los seres vivientes. Por lo tanto, no sólo las prisiones, los manicomios, el Panóptico, (...) sino también la pluma, la escritura, la literatura, (...) las computadoras, los teléfonos celulares y –por qué no- el lenguaje mismo que, quizás, es el más antiguo de los dispositivos...”* (Agamben, 2014: 18).

Atendiendo a lo dicho, una aproximación posible, podrá ir en el sentido de pensar la escucha como un dispositivo, enmarcado dentro de otro dispositivo -la intervención- y en tan profundas como innumerables interrelaciones con otros dispositivos.

De defensas, (de)subjetivación y libertad

Agregándose a las vinculaciones hasta aquí planteadas, no es menos cierto que, con frecuencia, entender -y actuar- la intervención profesional limitándola exclusivamente a la gestión de recursos, puede aparecer como mecanismo de defensa. Defensa, tal vez, ante la frustración -y en ocasiones parálisis- que puede llegar a producir lo condensado en una pregunta, quizás una de las más escuchadas -y con mayor angustia pronunciadas- en el ámbito profesional del trabajo social: ¿qué hacemos con todo lo que escuchamos?

Agigantándose en el transcurrir de un tiempo que se vuelve agobiante, aquella pregunta -nutrida de frustraciones, miedos y ansiedades-, aún a pesar de ser expresada, no suele encontrar, por lo general, un destino diferente al estancamiento en lo meramente catártico. Será esa angustia, la que de no ser oportuna y sostenidamente trabajada, tome para sí el lugar de ciega conductora de la intervención; restringiéndola, limitándola -aún más de lo que ésta ya se encuentra-, cercenando tal vez lo máspreciado de la práctica profesional: el encuentro con el otro y las múltiples -y recíprocas- posibilidades que esto abre.

Ejemplificándolo en su modo más extremo, pareciese que, en ocasiones, el mecanismo de defensa se pone en acto conduciéndonos a hacer todo lo necesario para escuchar lo menos posible. Así las cosas, el ejercicio profesional comienza a padecerse, dando lugar a la repetición de una secuencia que, bien podría tomar una forma similar a la siguiente: enfrentarse -4- al otro, direccionar ansiosamente su relato, echar mano al recurso a aplicar -de haberlo- e irse lo antes posible de una realidad que sofoca.

Consumación de una operatoria en la que la escucha, diluyéndose, pierde sentido, y alcanza el lugar de la ausencia. Lo expuesto, graficado a través de la precedente escena, tal vez pueda sonar muy burdo, pero todos -o al menos quien esto escribe- como profesionales del trabajo social, podemos llegar a encontrarnos -o ya nos hemos encontrado- en ese lugar, tan pernicioso para los sujetos con los que trabajamos como para nosotros mismos; ni intervención en sí misma, ni instrumento privilegiado, en dicho escenario, la escucha sólo será la primera víctima de avasallantes angustias y ansiedades, dando pie a la repetición de un guión altamente desubjetivante.

Lo desubjetivante, aquí, marca la preeminencia de un dispositivo cerrado sobre sí mismo, guiado por mandatos heredados y objetivos estancos, con la auto referencia como medida de todas las cosas; dispositivo que, de tal modo, poco o nada tiene para escuchar del otro, de esos otros, “*de los que poco se espera*” (Blajaquis, 2014).

Admitir como una acepción posible -siguiendo a Duschatzky y Corea- que “*una subjetividad no es otra cosa que su capacidad enunciativa*” (Duschatzky y Corea, 2009: 88), nos permitirá comprender entonces que, bien podrá ser considerado de carácter desubjetivante todo aquello que opere restringiendo las posibilidades de enunciabilidad del otro. Restricción sobre el espacio de lo habilitado de ser dicho, y escuchado.

Serán prácticas desubjetivantes, entre otras, aquellas que no renuncien a ser conducidas por lógicas tales como las del estereotipo, el prejuicio, lo autorreferencial, el llamado sentido común, la homogeneización. Lógicas -todas las mencionadas- que, con sus diferencias, poseen al menos una particularidad común, un sello distintivo: no hay en ellas espacio para el no saber. En todo caso, lo no sabido, encuentra rápida y unívoca explicación bajo su manto. No es otro el modo en que funciona el poder comunicacional *mass* mediático en el feroz y omnipresente despliegue de su arsenal. Nuevamente, nuestro recorrido nos enfrenta a cuestiones que trascienden -a la vez que atraviesan- al trabajo social; bien que así sea. Está claro que el nuestro no es campo autónomo.

Por otra parte, será ocioso decir que, allí donde hay desubjetivación también se está construyendo subjetividad; ambos son procesos inescindibles. Y no será difícil comprender que, los modos de moldear y edificar subjetividades desde las lógicas antedichas distarán mucho de cualquier horizonte posible de vincularse con experiencias de tipo emancipatorio.

A modo de ejemplo, pensemos que, homogeneizar, en tanto remite a anular la diferencia, es también negar posibilidades y alternativas. En una profesión en la que diariamente nos encontramos ante multiplicidad de relatos singulares, no es poca la responsabilidad, ni menor el desafío de no homogeneizar los mismos.

Evitar caer en tal proceso de homogeneización para nada significa negarle a las problemáticas que atraviesan a la población con la que trabajamos su condición social, colectiva, histórica y política. Muy por el contrario, darse a la tarea conjunta de tratar de hilvanar historias, partiendo del reconocimiento de su singularidad y, a la vez, poniendo de relieve sus entrecruzamientos con los aspectos socio-histórico-políticos de un tiempo y una época, tal vez sea un más que necesario ejercicio para trabajar en pos de la revalorización del sujeto y sus derechos. En tal sentido, adquiere

especial relevancia el no perder de vista *“la importancia de abrir visibilidad y por ende crear condiciones de enunciabilidad de las dimensiones socio históricas de la subjetividad”* (Fernández, 1997:42).

Contrariamente, si la explicitación de la cuestión social en cada historia singular se impone, tomando a quien expone su padecimiento ante nosotros como sólo una muestra más de la injusticia y desigualdad social, encarnando de ese modo la profética voz de quien ya todo lo sabe, y simplemente confirma su erudición al enfrentarse ante la evidencia de su objeto, olvidándonos, o no pudiendo ver ninguna potencialidad en ese otro, acaso terminemos siendo –aún a nuestro pesar y asombro- un ladrillo más en los muros de la exclusión.

Ahora bien, si acordamos que escenas como la precitada al comienzo de este apartado no son poco frecuentes en nuestra profesión, coincidiremos también en que, tal frecuencia, nos habla de, no una tendencia de carácter meramente individual –acaso posible de ser vinculada con la falta de recursos emocionales, el desinterés o la desidia-, sino más bien, de la existencia de diversos elementos -hemos hablado ya de reduccionismos, naturalizaciones, herencias de la profesión, interrelaciones entre dispositivos- que, complejamente imbricados, y operando a distintos niveles (institucional, político, histórico, cultural, comunicacional, subjetivo, profesional) pueden cooperar en detrimento de la capacidad y posibilidad de escucha en particular, y de la intervención en general.

Asimismo, y aún a pesar de lo dicho, consideramos que, ante tal complejo entramado de dispositivos -entramado que puede aparecer como una férrea, casi inamovible, estructura-, aún en las más difíciles y extremas situaciones, siempre quedará espacio para el sujeto; siempre habrá espacios de libertad. Espacios, tal vez, que pueden aparecer como clausurados, perdidos o remotos; fragmentados. Seguir la pista de esos fragmentos opacados, bien puede ser un desafío posible para la escucha.

Una escucha que vaya a contrapelo de prácticas desubjetivantes; múltiples podrán ser sus modos de expresión, por sólo pensar algunos: resistirse al automático ejercicio del fácil diagnosticar -alguien dijo que diagnósticos son lo que sobra-, rehusar a confinar al otro al lugar del “caso”, el otro como simple *“portador de cuestión social”* (Carballeda, 2002: 32). Soltarle la mano al sentido común –al propio y al institucional-, dejando de lado la auto referencia como medida de todas las cosas. Escucha de los fragmentos, no búsqueda de la verdad, ni la confesión; tarea tan profesional como artesanal.

Hacia un cierre posible

Formularse preguntas, pensar un problema, no implica ofrecer una definida solución o acabada respuesta al mismo; no ha sido sino el convencimiento en tal idea lo que -hallándose presente desde el inicio- ha permitido estas páginas. En tal sentido, y llegando a nuestro provisorio final, se recomienda la interrupción de la lectura a quien espere encontrar aquí resultados o propuestas concluyentes. Para quienes habiendo abandonado ya dichas expectativas prosigan aún acompañándonos, algunas cosas quedan por decir.

Si concordamos en que, tal como expresa Carballeda, *“cada acto de intervención (...) es en gran parte un retrato de nosotros mismos, de nuestra propia subjetividad”* (Carballeda, 2007: 9), permitírnos poner a circular la pregunta acerca de qué es lo que el modo de ejercer la escucha nos dice sobre nuestra propia subjetividad, sobre nosotros mismos, no será un cuestionamiento fútil ni ego centrado, sino tal vez, una llave para repensar cuestiones vinculadas tanto a la intervención

como a la propia profesión y sus implicancias.

Los distintos temas surgidos a lo largo de la escritura de estas líneas, se eslabonan –ora con cierta coherencia, ora desordenadamente- inscribiéndose en la tentativa por detenerse en aquello que no encuentra espacio para ser enunciado, en lo que no logramos escuchar, lo pasado por alto, lo minimizado, lo desalojado del escenario.

Dentro de las pocas seguridades que nos acompañan, tenemos para nosotros la convicción en la pertinencia de emprender tales intentos de indagación, aún a riesgo de un inicial aumento de nuestras dudas e incertidumbres, sosteniendo allí la pregunta por la inherente opacidad de todo dispositivo. Opacidad que, tanto impregna a lo que muy lejano y por fuera de nuestro alcance se divisa, como –sobre todo- a aquello que, de tan próximo, se vuelve difuso y evade a nuestra atención.

Acaso una orientación posible, como algo que acompañe y vaya de la mano con la pregunta por lo no escuchado, bien pueda ser el asumir y ubicarse en el lugar del no saber; no como artificio de ocasión, ni como impostada humildad y subestimación del otro, sino como condición necesaria y habilitante para abrir(se) a la escucha. *“En verdad es el reconocimiento de la propia ignorancia uno de los más seguros y hermosos testimonios que el juicio nos procura”* (Montaigne, 1999: 179).

Descubrir y asumir algo de todo lo que se ignora suele ser tan liberador como habilitante. Despojándose de verdades y certezas acumuladas en nuestra mochila, mucho es lo que se aliviana nuestro paso. Con tal espíritu, hacer pie -y reconocerse- en el lugar del no saber, acaso sea uno de los modos bajo los que resida la posibilidad de transitar por sitios de otra manera vedados a nuestro acceso. De lograr ponerlo en práctica, incluso tal vez, lo antes no escuchado, lo ni siquiera percibido, nos encuentre, nos sorprenda, pasando de fondo a figura, alcanzando condición de oportunidad; tan antes ignorado como ahora tangible.

Notas

-1- Nos referimos puntualmente a barrios con características de villas y/o asentamientos, en zonas urbanas algunos, semi-rurales otros, del conurbano de la provincia de Buenos Aires.

-2- En el contexto político temporal de producción de este escrito, en la Argentina, cuando se está cerrando el mes de diciembre del año 2015, no es un detalle menor permitirse esta digresión, aludiendo de este modo a engañosos relatos que, cargados de cinismo, pueden llegar a (re)utilizarse en aras de la justificación y naturalización del recorte de recursos para los sectores con los que desde nuestra profesión trabajamos, aquellos en situación de mayor vulnerabilidad.

-3- Nos parece sumamente interesante, quedando pendiente para otra ocasión, poder adentrarse en lo trabajado por autores como Walter Benjamin y Karl Krauss en torno a las diferencias entre narración e información, a fin de tejer desde allí vínculos posibles en relación a -entre otras cosas- la intervención del trabajo social.

-4- Se escribe enfrentarse, en oposición al encontrarse.

Bibliografía

- Agamben, G. (2014). *¿Qué es un dispositivo?* Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora.
- Benjamin, W. (2010) *Ensayos escogidos*. Buenos Aires: El cuenco de plata.
- Carballeda, A. (2002). *La intervención en lo social. Exclusión e integración en los nuevos escenarios sociales*. Buenos Aires: Paidós.
- Carballeda, A. (2004). *Del desorden de los cuerpos al orden de la sociedad*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Carballeda, A. (2007). *Escuchar las prácticas: la supervisión como proceso de análisis de la intervención en lo social*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Casullo, N., Forster, R., Kaufman, A. (1999). *Itinerarios de la modernidad. Corrientes de pensamiento y tradiciones intelectuales desde la ilustración hasta la posmodernidad*. Buenos Aires: Eudeba.
- Duschatzky, S.; Corea, C. (2009). *Chicos e banda: los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. Buenos Aires: Paidós.
- Diccionario Enciclopédico Larousse (2000). Santa Fé de Bogotá: Larousse.
- Fernández, A. (1997). Notas para la constitución de un campo de problemas de la subjetividad. Revista del Instituto de investigaciones de la Facultad de Psicología UBA- Año 2 – N° 3, 37-57.
- Forster, R. (1999). Tradición crítica y Escuela de Frankfurt. En *Itinerarios de la modernidad. Corrientes de pensamiento y tradiciones intelectuales desde la ilustración hasta la posmodernidad* (pp. 125-142). Buenos Aires: Eudeba.
- Forster, R. (2011) *La muerte del héroe: itinerarios críticos*. Buenos Aires: Ariel.
- Montaigne, M. (1999) *Ensayos escogidos*. Madrid: Editorial Edaf.
- Robles, C. (2011). *Supervisar ¿para qué? Lo oculto tras la resistencia*. Buenos Aires: Espacio Editorial.

Otras fuentes

- Blajaquis, C. (seudónimo de González, C.) (Director) (2014) Corte Rancho - Capítulo 3: En busca del pensamiento villero. [Episodio de televisión]. En Corte Rancho (Producción de Canal Encuentro y Todo Piola). Buenos Aires: Televisión Pública.